

digno de toda reflexion. Las alabanzas, y los desprecios son el crisol, en que se prueban los quilates de la humildad verdadera; porque si en el animo ay algun efecto altivo, ò se manifiesta en chispas à los golpes de las injurias, ò se demuestra en hinchazones con el blando ayre de las laudatorias voces. A vna, y otra prueba se diò la humildad de el Venerable Pedro; pero ni con los tratamientos injuriosos se le descubrió leve centella de sobervio impulso; ni con el viento de los loores se le conociò tumor alguno de vanagloria.

Con la misma humildad, que sentia de si, procuraba ocultar los favores, que recibia de el Cielo; empeñandose cuidadoso, en desparecer todo, lo que pudiera ser motivo, aun de agenas estimaciones. Quando en la ocasion ya dicha se le cayò la olla de el Atòle, que llevaba para los enfermos, estuvo bien manifiesta la asistencia Divina, para que no se quebrasse la vasija, ni se derramasse el licor; pero procurò sagaz, que ni à si mismo, ni por su merecimiento à la Omnipotencia Divina, se atribuyesse el prodigio. Todo lo atribuyò à la devocion pia, de quien diò el Atòle de limosna; y así prorrumpiò en estas voces: *O grandeza de Dios! Aviendo dado aquella pobre señora este Atòle con tanta caridad; no ha permitido el Señor, que se malograsse, desperdician-*

dose. A la entrada de la Iglesia de el Calvario sobre vna Tribuna estaba vn Crucifixo, con quien sucedió à el Venerable Pedro vn prodigio raro, quando vivia en aquel Santuario. Aviale llevado à la Sacristia, para assearle, y bolverle à su sitio, despues de limpio: y estando en este lugar, concurrieron alli con el Siervo de Dios otros Hermanos Terceros, para hazer oracion, rezar el Rosario, y dezir la Estacion de el Santissimo en forma de Cruz, como lo acostumbraban. Estando empleados en estos santos exercicios, notaron con admiracion, que la Imagen de el Santo Christo estaba toda bañada de vn copiosissimo sudor; cuyo prodigioso efecto se continuò por algunas horas. Pasmados los Hermanos de el suceso; y discurrendo, que aquella era cosa sobrenatural, y milagrosa; quisieron llamar vn Notario, que diesse testimonio de tan raro acacimientto: pero el Venerable Siervo de Dios, previniendo acaso, que se le avia de atribuir aquella maravilla, intentò impedir esta resolucion. Rogòles con indecibles instancias, y con lagrymas abundantes, que suspendiesen la execucion de sus intentos; y esforzò su supplica, diciendo con humildes expresiones: que de aquel suceso eran la causa sus muchas culpas, que hazian sudar à aquel Señor, por la gran fatiga, que le daban.

CAPITULO XXV.

*RARAS MORTIFICACIONES
de el gusto, y extraordinarios ayunos
de el Venerable Pedro de
San Joseph.*

Fatal Carybdis de el alma es la immoderacion en la comida; porque, quanto brinda de sabores à el gusto, tanto entorpece la agilidad de el espiritu. Ya se pudiera disimular su ruina; sino fueran sus riesgos en tan superior fuerte: pero entra en mucho perjuizio, que predominando su desorden à la mente, se constituye el espiritu en el mas desventurado vassallage à las grosseras disposiciones de la carne. En muchos ha logrado lastimosamente sus insultos este vicioso monstruo: pero el Venerable Pedro de San Joseph le quitò todo este injusto predominio; franqueando dichosamente à la alma los fueros de su libertad. No le permitió la respiracion mas leve à su apetito à la comida, como fuessè desordenado; porque siempre le tuvo en la sujecion mas rendida con el freno de su nimia abstinencia, aun en las cosas muy licitas. Nunca comió cosa de carne, desde que tuvo edad perfecta; y solo la gustaba los dias festivos de nuestro Redemptor Jesu-Christo, y de la Reyna de los Cielos: pero en estos dias, cuya solemnidad le dispen-

saba este rigor, hazia su plato de lo que à los pobres enfermos de su Hospital sobraba, quando comian. De aquellos desperdicios juntaba porcion en vna concha de Galapago, ò Tertuga: y en esta desdichada vasija tomaba su refeccion; sirviendole de mesa la tierra, y de asiento el mismo suelo. A todas las personas, que se hallaban presentes comidaba con este, que en su estimacion era regalo extraordinario: y con estas particiones era preciso, que aun de aquel pobre alimento fuessè muy escasa su comida; aunque sin esta circunstancia fuessè voluntaria su moderacion. Su ordinario alimento eran vnas sopas, hechas con agua caliente, sin otro algun condimento: y en ellas mezclaba vn poco de Aloè, cuyas amarguras servian de salsa à el desabrimiento de el guisado; para que se saboreasse su paladar cò tan abundante mortificacion. Para hazer esta cocina insipida de el todo, eran muy conducentes los materiales; porque la componia de las cortezas, y mendrugos de el pan, que sobraba à los pobres, y tenia recogidos en vna arca.

Vn Religioso Franciscano, que tenia el cuidado de el Refectorio de su Convento, considerando à el Siervo de Dios muy debilitado por su summa abstinencia, le hizo instancia, para que tomasse vnas sopas, y diessè con ellas algun vigor à su flaco estomago. Ad

Admiró la caritativa oferta el Venerable Pedro, y le dió los agradecimientos á su bien-hechor: pero quando llegó el caso de comer las sopas, usó de vna rara traza para mortificar el gusto. Dió á entender, que estaban calientes con demasia: y con pretexto de templarlas, para poderlas passar, les echó porcion de agua fria, con que les quitó toda la sazón, que pudieran tener. Esto era, lo que intentaba con aquel disimulo: y para lograr mejor su pretendido, pidió vnos pimientos, que despedazados, y mezclados con las sopas, las pusieron en el punto, que las queria su mortificado apetito. En otra ocasion le llevó compadecido vn Hermano Tercero dos platos de yerbas de la cocina, para que se alimentasse con ellas en vna pequeña estancia, que le servia de despensa. Recibiólas el Venerable Pedro: pero considerando, que aun era poco su natural desabrimiento, echó las yerbas en el suelo: y puesto de rodillas, se las comió, embueltas todas en tierra. Si alguna persona, lastimada de verle tan mortificado con su rarísima abstinencia, le ofrecia algun otro alimento; lo recebia, si le pedian, que por amor de Dios lo tomasse, y por darle gusto, lo probaba: pero de lo restante comidaba á todos quantos estaban en su compañía. Las mañanas de algunos dias festivos tomaba su desayuno: pero los ma-

teriales, de que lo componia, eran por su diversidad muy mal avenidos, y por sus calidades mas proporcionados para el disgusto, que para el alivio. De migajas de queso, y pan, de algunas raspaduras de chocolate, y de hezes de azucar negro, que recogia de la alhacena, donde guardaba estas cosas, hazia vna confeccion, que le servia de chocolate: y el pan, que comia con esta mixtura de cosas, era de trigo; pero muy negro.

A estas mortificaciones, que sin dexar de ser ratas, eran muy frequentes en su ordinario alimento, añadia otras mas singulares el Venerable Siervo de Dios: pero entre todas es la mas estupenda, que todos los años el Viernes Santo tomaba por su alimento hiel, y vinagre; repitiendo con esta mortificacion en su persona los disgustos, que á Christo nuestro Redemptor ofreció en estos licores la impiedad humana. Para que no le faltasse materia á este pesado exercicio, tenia hecho concierto con Fray Felipe Sanchez, Religioso Lego de el Orden Serafico, de que le diese las hieles de los Carneros, que se mataban, para el abasto de la Comunidad: y este Religioso tenia el cuydado de darle este amarguísimo regalo. El modo, con que vn Viernes Santo practicó esta mortificacion, haziendo á sus compañeros participantes de su merito, es digno de la

la compasion mas tierna, y de la admiracion mas devota. Para aquel mysterioso dia previno porcion de hiel, y vna esponja: y todo junto lo puso en vn vaso, para que la esponja, atrayendo la hiel por sus porosidades, quedasse bien llena de sus amarguras. Hecha esta prevencion, juntó á todos los Hermanos Terceros, que estaban en su compañía: y sacando la esponja, le repartió á cada vno su pedazo; amonestandoles, que le tuviesen vn poco de tiempo en la boca, y avivassen en aquella amargura la memoria, de la que gustó Christo nuestro Redemptor, estando en la Cruz. Hizieron todos por el amor á Jesus, lo que el Venerable Pedro les ordenaba: pero aun fue mayor que su mortificacion el pasmo, de lo que admiraron en su Director. No fue tanta la capacidad de la esponja, que despues de llena, no quedasse de la hiel bastante porcion en el vaso: y tomandolo el Siervo de Dios en sus manos, hizo á los circunstantes este razonamiento. *Hermanos míos, Christo nuestro Redemptor, quando estaba en las agonias de la Cruz, hizo vn brindis á la salud de el genero humano: y agora quiero yo hazer la razon.* Dicho esto, se puso el vaso en los labios, y se bebió la hiel, que avia quedado; apurando con fina correspondencia todas sus amarguras.

Esta rigorosa abstinencia, y continuada mortificacion era tan

suficiente, como eficaz medio, para que el Venerable Pedro tuviese bien macerada su carne; pero para lograrlo mas efectivamente, y con mayor merito, aumentaba su mortificacion con ayunos rigidos, y numerosos. Ya dixe en el Capitulo segundo los raros principios, que tuvieron los ayunos de el Siervo de Dios en sus primeros años: y puede muy bien colegirse, quales serian los medios, y los fines, de quien empezaba assombrando con sus abstinencias. De mas de las Quaresmas, y Vigilias, á cuyos ayunos estaba obligado por el Eclesiastico precepto; ayunaba tambien otros muchos dias por su devocion. Fuera de los Advientos, en que por su voluntad eran continuados los ayunos, ayunaba todas las semanas quatro dias; siendo en ellos su comida solo pan, y agua: aunque en los dias restantes era tal su parcimonia; que para ayuno solo le faltaba el nombre, y le sobraba la realidad. Vn sugeto, que por la mucha familiaridad, que tenia con el Venerable Pedro, solia estar muchos dias enteros, y aun algunas noches en el Hospital de Bethlehen, afirmó, que jamas le avia visto comer: y por esto testificó tambien, que no sabia de que se alimentaba. Atendiendo el rigor grande, con que obraba el Siervo de Dios en este punto, que por extraordinario, no pudo dexar de ser notorio, fue voz comu-

mun, y general juicio, que los ayunos de el Venerable Pedro eran continuos. Los dias, de que se compone el año enteramente, son trecientos y sesenta y cinco y vn quadrante: y de estos passaban de trecientos, los que el Siervo de Dios ayunaba, o à pan, y agua, o sin tomar en ellos cosa alguna. Todas las semanas de Adviento, y Quaresma hazia vna vez à lo menos el ayuno de el traspasso: y comunmente lo empezaba los Jueves; passandose sin comer hasta el Sabado. Las fiestas de nuestro Redemptor Jesu Christo, de Maria Santissima, de San Miguel, de Señor San Joseph, de los Excellos Patriarchas Santo Domingo, y San Francisco, y de otros Santos, y Santas de su devocion las prevenia, preparandose para su celebridad con el mismo rigoroso ayuno de el traspasso: porque en los tres dias antecedentes à todas las dichas fiestas no recibia alimento alguno.

Las Semanas Santas aumentaba esta aspereza: porque en ellas era el traspasso de quatro dias; empezando su abstinencia de toda especie de comida, y bebida desde el Martes Santo à las doze, hasta el Sabado à la misma hora. Aconsejando à vna señora la virtud de el ayuno, le dixo el Venerable Pedro: que assi el, como vn compañero suyo, llamado Pedro Fernandez, avian ayunado à el traspasso; sin que huviesse passa-

do algun alimento, durante el dicho ayuno. Deziale esto en vn Sabado Santo, para alentarla con estos exemplares: y afirmò la dicha señora, que siendo aquel dia vltimo de el referido ayuno, tenia el Siervo de Dios la cara, como vna rosa, y el semblante tan bien dispuesto, como si aquellos dias huviesse comido regaladissimamente. Estando vn dia de Pasqua el Venerable Pedro repartiendo de limosna algunos pedazos de pan, y porciones de carne à los muchachos, dixo en confirmacion de aver executado esta pafmosa abstinencia: que por la misericordia de Dios en la sucesion de dicho tiempo no avia entrado en su estomago cosa de alimento. A el tiempo, que pronunciaba estas palabras, tomaba, para resforzar su debilitado cuerpo, vno, o dos bocados de pan de mais, y profiguiò, diziendo: que esto no lo publicaba, para q alguno lo imitasse; porque Dios guiaria à cada vno por el camino, que fuesse mas de su beneplacito.

Bien le enseñaron à el Venerable Pedro sus experiencias la nimia dificultad de el assumpto: pues hizo manifesto con esta prudentissima advertencia, que no era para todas complexiones la practica de este rigidissimo ayuno. De Sara la muger de Tobias consta en la Escripura, que por vn disgusto, que tuvo, se passò tres dias, sin comer, ni beber:

y

CAPITVLO XXVI.

SINGVLA RES VIGILIAS,
y sangrientas disciplinas, con otras
penitencias de el Venerable
Pedro de San Joseph.

Continuada, y peligrosa guerra es la vida de los hombres, en cuya milicia deben ser centinelas cuydadosas las almas; sino quieren perder la batalla, y perder en ella la vida: porque vna centinela, entregada à el sueño, es lo mismo, que si estuviera muerta. A vn Gefe, que visitando las centinelas, diò muerte à vn Soldado, que estaba dormido, le reprehendieron el hecho: pero el respondió discreto, que le avia dexado de el mismo modo, que le hallò; porque no conocia distincion entre la muerte, y el sueño de vn Soldado, quando estaba en tal circunstancia. Militar famoso fue en los rencuentros de la mortal vida el Venerable Pedro: y por no perderse en ellos dormido, fue singular el esfuerzo, que hizo, por estar casi siempre despierto. Huyo de ser su sueño naturalmente pesado: pues no bastando, para vencer su torpeza la demasiada escases de el alimento; inventò exquisitos medios, para dominar esta passion enemiga. Algunas vezes se acostaba en el Oratorio de su casa; descargando el cuerpo fo-

N 2

bre